

SALVACION DE UN CABALLERO

POR LA MISA QUE OYÓ POR ÉL UN JORNALERO.



DEVOTO ROMANCE, CURIOSO Y CONTEMPLATIVO

en que se dá cuenta de un prodigioso caso sucedido á un Caballero con un pobre Jornalero, reférese como Dios nuestro Señor le dió á conocer el estado de su conciencia; con lo demás que verá el lector.

Omnipotente Jesus,
que desde tu nacimiento
te ocupas en beneficio
de los vivientes del suelo,
con tu divina asistencia
en breves cláusulas quiero
explicar al auditorio
el mas singular suceso,
que en láminas de diamantes
merecía estar impreso.
En cierta ciudad de España
había un pobre Jornalero
que escasamente vivía
faltándole el alimento,
con su muger y cuatro hijos
¡ay Dios! y que desconsuelo,
y lo que mas le angustiaba
era ver sus hijos tiernos

en la mayor indigencia,
y no hay que espantarse de esto,
pues como suele decir
aquel refrán verdadero,
que los males de los hijos
siendo un padre justo y bueno
le causan mayor angustia
que los propios, es muy cierto.
Salió un dia de su casa
con el mayor desconsuelo
á buscar para sus hijos
el cotidiano sustento;
mas fué tanta su desgracia,
así lo permitió el cielo,
que el pobre no halló jornal,
por lo que en llanto deshecho
hácia su casa camina
entregado al sentimiento;

cuando al pasar por la puerta
mas inmediata de un Templo
un Caballero le vió
melancólico y suspenso,
y con palabras humildes,
le dijo: amigo, qué es esto?
pues advierto en tu semblante
gran tristeza y desconsuelo.
Señor, le responde el pobre,
de pesar estoy muriendo,
pues mi muger y mis hijos
hace dos dias completos
que no se han desayunado
porque yo jornal no encuentro:
el corazon se me parte
y se me acaba el aliento,
al ver que no puedo darles
siquiera pan que deseo.
Hermano, tenga paciencia,
le replicó el Caballero,
que Dios cuida en todo caso
de los mas viles insectos,
mejor cuidará de un alma
que le costó nada menos
que su purísima sangre;
y si toma mi consejo,
en menos de media hora
sus penas tendrán consuelo
¡Ay señor! le dijo el pobre,
difícil es el remedio.
No es difícil, dijo el otro,
escucha lo sabrás presto:
yo te pagaré el jornal
y llevarás alimento
á tu muger y tus hijos
si cumplieres mis deseos.
Respondió el pobre llorando:
desde luego me resuelvo
á hacer cuanto usted me mande,
con tal de que este precepto
no sea para ofender
á mi Dios Rey sempiterno;
porque en tal caso, señor,
ni los males que padezco,
ni todo el infierno junto
me harán obedeceros.
Eso no lo intento yo.

devoto es mi pensamiento,
mira, si quieres jornal,
entra al punto en ese Templo,
pues va á salir una Misa,
y que la oigas te ruego
con notable devocion,
aplicándola al momento
con total satisfaccion
de mis culpas y defectos;
luego que del Templo salgas
vete á mi casa corriendo,
que yo te daré el jornal
y quedarás satisfecho.
Si con tan poco trabajo,
dijo el pobre muy contento,
le doy pan á mi familia,
allá voy sin perder tiempo.
El pobre se entró en la Iglesia
de júbilo y gozo lleno,
y el caballero á su casa
se fué sin malograr tiempo:
apenas entró en la Iglesia
el pobre con gran respeto,
postrándose de rodillas,
alzó los ojos al cielo,
diciendo: Dios de Israel,
hoy á vuestra casa vengo
á oír como corresponde
y con ardientes deseos
el Divino Sacrificio
por ver si por este medio
puedo lograr, Jesus mio,
á mis angustias remedio.
Oyó pues la santa Misa,
contemplando los misterios
que en ella se representan,
con un profundo respeto;
apenas el Sacerdote
cumplió con su ministerio,
el pobre dijo: gran Dios,
este indigno esclavo vuestro
os ofrece el Sacrificio,
que es tu Hijo Señor nuestro,
y os pido humilde y postrado
con todo encarecimiento,
lo acepteis en holocausto
por aquel buen Caballero.

que me ofreció remediar la miseria en que me veo, y perdonar, buen Jesus, la poca atencion y celo

que he tenido en vuestra casa, de vuestra piedad lo espero; y en el segundo romance daré fin á este suceso.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije, amigo lector, en el romance primero como el pobre deseoso de hallar á su mal remedio, oyó devoto la Misa, y apenas salió del Templo sin detenerse un instante, fué á casa del Caballero, llegó á la puerta y tocando, al punto le respondieron; bajó el señor presuroso, y el pobre le dijo luego; vengo, señor, de la Iglesia de cumplir con el precepto que usted me impuso, y así la satisfaccion espero. Dijo el Caballero entonces; por Dios le suplico y ruego que me diga si es verdad que usted aplicó de cierto por mi la sagrada Misa, porque deseo saberlo. No dudeis, le dijo el pobre; por usted la oí en efecto, y echando mano al bolsillo el citado Caballero, le entregó cuarenta reales, y despidió muy contento pareciéndole que ya era feliz en extremo; mas, ¡ó prodigios de un Dios! ¡ó incomprendibles decretos! con qué liberalidad favoreces á tus siervos. Despidiéronse los dos, muy alegres y contentos, y á pocos pasos andados

el pobre con todo esmero oyó una voz en los aires que decia estos acentos: vuelve atrás, vuelve al instante y dile á ese Caballero que el jornal no te ha pagado; anda y no tengas recelo. Miró el pobre á todos lados con cuidado y con respeto, mas como á nadie veía con algun temor y miedo, volvió por obedecer á casa del Caballero: qué se os ofrece? le dijo: y le respondió el Jornalero: sepa usted, señor, que yo voy con el pago contenido; mas una voz, sin saber quién me la ha dado en efecto, me manda que vuelva atrás y que os diga sin recelo que el jornal no está pagado, yo por la obediencia vengo á deciroslo, señor; pero no juzgeis por eso ni menos os persuadais que yo quiero mas dinero. Enternecido le escucha, y todo el caso creyendo, le dió hasta doscientos reales, con lo que se despidieron, diciéndole, ya el jornal que estará pagado creo. Volvióse el pobre á marchar, cuando en el sitio dispuesto las mismas voces oyó, y el principal Caballero

deseoso de averiguar si era verdad ó era incierto estuvo de observacion con muy profundo silencio, en un sitio donde el pobre no le viese con secreto, mas como Dios siempre sabe defender en todo al siervo por sus soberanos juicios dispuso que el Caballero oyese las mismas voces, que con celestiales ecos al pobre decian, vuelve, que aun no estas bien satisfecho, quedan los dos compungidos, y el pobre en llanto deshecho causándole gran vergüenza repugnaba este precepto; segunda vez sube arriba, y enterado el Caballero de lo que habia oido creyó sin duda el suceso; al pobre le dió mil reales creyendo estar satisfecho; mas la voz al sitio mismo volvió á repetir diciendo: aun te debe mas jornal. Se quedó el pobre suspenso, atribulado y confuso, ignorando este misterio; pero lo que mas admira es que dicho Caballero estaba oyendo tambien de estas voces los acentos: anda, repitió la voz, y cumple lo que te ordeno. Volvió por tercera vez y le dijo al Caballero: señor, por amor de Dios reciba usted el dinero, que yo ya no quiero nada

porque el misterio no entiendo. El Caballero le dijo: marcha y déjate de dinero, y si esa voz se resiste dile que te explique luego cuánto he de dar de jornal, que sino no acabaremos. Volvióse el pobre, y la voz lo mismo fué repitiendo: hizo el pobre la pregunta como mandó el Caballero; á lo que dió la respuesta la voz en aquel momento, este es aviso de Dios, ve y dile á ese Caballero que con pasos muy veloces caminaba hácia el infierno, y por la Misa que oiste el mismo señor le ha puesto en camino de salvarse, y así prevenle que luego parta los bienes contigo, que así lo dispone el Cielo, y que de aquí en adelante enmiende sus muchos yerros, Cumplió el pobre su mandato, y al instante el Caballero obedeció prontamente retirándose al silencio, donde murió santamente dando de virtud egemplo; quedó el pobre remediado sirviendo á Dios verdadero. Cristianos, ya habeis oido lo que se alcanza por medio del Divino Sacrificio á vista de este suceso; oigámosle cada dia con devocion y respeto, que en esta y en la otra vida el Señor nos dará el premio.

FIN.

Valladolid: Imprenta de D. Dámaso Santaren.